

Carlos Jáuregui
para El Cronista

Homosexualidad: entre el pecado y el agravio

Lo dijo con tono neutro y la seguridad de aquellos que se saben impunes por su rango. Con la misma voz que confiesa, bendice o absuelve esta vez eligió el agravio.

“Yo no dije que la homosexualidad era un pecado sino una desviación de la naturaleza”, afirmó monseñor Antonio Quarracino, cardenal arzobispo de la ciudad de Buenos Aires, en el programa *Claves para un Mundo Mejor*.

Gays por los derechos civiles es una asociación laica. Siempre conocimos la idea del cardenal. Desde nuestra posición, entonces, consideramos estos dichos como un insulto a 1.500.000 personas homosexuales y lesbianas que habitan en este país.

No vamos a entrar en discusiones teológicas. No es nuestro cometido. Lo expresado por el arzobispo hiere nuestra dignidad, nuestro respeto por la vida y la libertad. Pensamos, además, que viola expresamente normas jurídicas internacionales —vigentes en nuestro país— que promueven el respeto y la integridad física, psíquica y social de los individuos.

Nadie puede arrogarse el derecho a hablar en nombre de la naturaleza. Ni los científicos, ni los filósofos, ni los sacerdotes. Junto a las más respetables voces en todos estos campos afirmamos: todo lo que ocurre en la Naturaleza es absolutamente Natural. Esta nunca se desvía. La naturaleza humana se diversifica en millones de caminos, combinaciones especiales, sutilezas. La ecología sostiene que la diversidad es enriquecedora por la pluralidad de relaciones que posibilita para la preservación de la vida. El mundo es bueno por su variedad. La uniformidad —en todos los órdenes— nos debilita y nos coloca frente al riesgo de no saber o no poder enfrentar los cambios.

Meses atrás, el padre José Lombardero afirmó que era lícito asesinar homosexuales por contravenir el orden natural. Estas declaraciones no fueron condenadas por monseñor Quarracino, quien parecería avalarlas con las propias.

Unos y otros dichos cobran un perfil altamente peligroso cuando, por ejemplo, en la provincia de Mendoza una *brigada de moralidad* mata a cuatro homosexuales y

en la ciudad de La Plata otros dos son muertos sin que existan signos de un pronto esclarecimiento.

Aquellas declaraciones y estos crímenes tienen la misma base ideológica.

En los juicios de Nüremberg testimoniaron numerosos médicos que habían trabajado en los campos de concentración del régimen nazi. Entre ellos, el Dr. Claude Neudegg, médico en Buchenwald, confesó, llorando: “Los homosexuales ya habían sido atormentados y hechos morir de hambre pero lo peor fueron los tratamientos con fósforo que producían dolores imposibles de traducir en palabras. Buscábamos corregir su aberración sexual”. Según la Iglesia Luterana Austríaca, entre 80.000 y 220.000 homosexuales terminaron sus vidas en aquel horror.

También el nacional socialismo había pretendido corregir esa *desviación de la naturaleza*.

Hablar de *desviación* es sugerir la búsqueda de un remedio.

De este modo, los médicos introducen sustancias químicas en nuestros cuerpos. Los psiquiatras prueban terapias aversivas para nuestras conductas, y los psicólogos las interpretan según la corriente de turno. La policía nos golpea y nos lleva presos. Los moralistas condenan y sus brazos armados se creen en el deber de matarnos.

Las leyes nacionales, por no considerar la discriminación a gays y lesbianas nos hace vulnerables a estos ataques.

Una de las misiones de la Iglesia es la difusión de un mensaje evangélico solidario. Estos agravios están en las antípodas de ese objetivo.

Afortunadamente, después de treinta años, el Movimiento de gays y lesbianas internacional ha aprendido muchas cosas: una de ellas es saber responder a estos insultos. Respondemos para ser fieles a nuestra consigna: “En el origen de nuestra lucha está el deseo de todas las libertades”.

CARLOS JAUREGUI es profesor de historia, autor del libro La Homosexualidad en la Argentina y representante de la Asociación Gays por los Derechos Civiles.